



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

¡Los bienaventurados!—Optimismo en mi enfermedad de la vista; poesía.—Un ángel de la caridad.—Dominio de la virtud.—Modas.—Esplicacion del pliego de crochet.—Advertencia.

¡LOS BIENAVENTURADOS!

CUADROS FESTIVOS

POR D. LEANDRO ANGEL HERRERO.

CUADRO PRIMERO.

Los pobres de espíritu.

(Continuacion.)

Y para que tengas una idea más aproximada de nuestro héroe, lector amigo, he de presentarte aquí un ligero bosquejo, á fin de que le conozcas bien, si no me sucede lo que á aquel pintor de brocha gorda, que comprometido á hacer un retrato, no supo dar paletada, y entonces, por salir del apuro, dibujó un mamarracho cualquiera, y puso debajo el siguiente rótulo, que más parece epitáfio: *Este es fulano.*

Alejo Buscon de la Solapa era un buen muchacho y un flamante mancebo, de mirada cándida y rostro pudibundo, con una dentadura perfecta (según opinion de su patrona), y unos bonitos cabellos rubios, naturalmente rizados. Su edad no llegaba á los veinticinco años, y su estatura no era descompasada. Vestía con más artificio que riqueza; pero sabia llevar admirablemente la ropa. Y decimos que su vestido no era lujoso, porque el futuro jurisconsulto habia perdido á sus padres del cólera hacia dos años, y rebuscando su herencia, encontró que no le habian dejado más que su apellido; y sin duda debió parecerles bastante, porque se fueron á la otra banda, exclamando: «Al fin nuestro Alejo podrá ser todo un hombre.»

Bien sabia Alejo que lo era, y hubiera querido de mejor gana que le dejasen algunos bienes para concluir la carrera; pero tuvo que conformarse con heredar los apellidos y continuarla trampeando y cayendo, achaque bastante frecuente en la vida estudiantil, y cuyas peripecias son harto curiosas para que no figuren en uno de los huecos de este cuadro.

Las prendas de su vestido tenian la circunstancia preciosa de ser únicas, porque, como no fuera en las tiendas de paños, no recordaba

poseer otras; y aquellas, ya que no tenía dinero, las poseía con la vista cuando las hallaba al paso. Por lo demás, se componían de una levita de todos los colores, efecto de que era negra; y en física se nos enseña, que el color negro es la reunión de todos los demás; pero aún así, bien se echaba de ver que el cepillo, á fuerza de frotarla, se había apropiado casi toda la lana, dejando al descubierto algunos hilos blanquecinos, que se teñían diariamente con tinta de escribir, y que por esta razón pasaban desapercibidos al primer golpe de vista. Los pantalones eran de ilusión, y en invierno debían ser de escarcha según daban paso al frío; pudiendo decirse que participaban de un dote de cuerpo glorioso, la sutileza. Los usaba con trabillas, á fin de ocultar las cañas de las botas, que tenían más agujeros que una flauta. Había suprimido el chaleco por estar demasiado avanzada la primavera, y le suplía abrochándose la levita hasta el cuello, donde asomaban dos puntas blancas inverosímiles, agarrotadas por una corbata enorme, las cuales puntas debían ser el cuello de la camisa; y tanto parecían de lienzo como de papel. El sombrero era nuevecito, del corte de la última moda que se presentó en las Américas del Rastro, donde le costó diez cuartos, bien que en su casa tuvo que gastar otros diez para embetunarle y bizmarle, operación casi diabólica, que le quedó al fin en un estado pasadero.

Tal era el vestido de nuestro héroe; y te aseguro, lector amigo, que, fuera por su estremado aseo, ó por el aire gracioso de su dueño, parecía otra cosa de más gusto, ó cuando menos, tenía desde lejos un buen golpe de vista, milagro que, como verás más adelante, envolvía el misterio de algunas virtudes.

Y ya que te le he dibujado y que tú le conoces, porque le estás observando conmigo desde una de las esquinas de la calle de Peligros, justo es que sepamos en qué se ocupa, y cuál es el objeto que le mueve á estar acantonado junto á una de las acacias de la calle, dando la espalda á la consabida horchatería del reloj de cuco.

Antes te dije que tenía los ojos elevados al cielo como en éxtasis; y te confieso con pena que fui un solemne embustero; porque, aunque parecía que miraba á las estrellas, donde miraba era á un soberbio balcon del piso principal de una casa que tenía toda la gerarquía de un palacio, y que revelaba ser una de las mansiones de la opulencia y de la nobleza, cosa que á cualquiera le era fácil conocer, porque en el vistoso fronton del peristilo campeaba un antiguo escudo de armas pintado de azul y oro.

Tú no te habrás figurado, lector querido, ni te habrá pasado siquiera por las mientes, que el buen Alejo pudiera haber ido allí á *humo de pajas*, como se suele decir, ni que estuviera

haciendo oración delante de los barrotes del soberbio balconaje: sería hacer una ofensa á nuestro héroe; y ni tú ni yo hemos de hacérsela con semejantes malos pensamientos, siquiera por los buenos ratos que nos ha de dar en adelante. Así, observa conmigo, y sabrás la causa de aquel éxtasis.

Detrás del balcon había una elegante vidriera de caoba con cortinas de damasco y borlones de seda, y detrás de la vidriera y de las cortinas, asomaba no más que un rostro de mujer, tan soberanamente gracioso y encantador, que el picaruelo revelaba bien á las claras haber conocido unas diez y seis primaveras, llegando á ser á la vez envidia y alegría de todas las flores de abril.

Era un rostro de azucena coronado de cabellos rubios; en términos, que parecía la cuajada servida en bandeja de oro, como diría Scot: los ojos de aquel rostro reflejaban la inteligencia y la bondad, alegremente reunidas; eran de un azul diáfano, ojos de gloria, como le ha ocurrido decir á Trueba; y por lo que hace los dientes (aunque la patrona no aseguraba, como la de Alejo, que eran perfectos), se puede decir que eran de un marfil exquisito, á juzgar por la sonrisa que permitía examinarlos.

Y hé aquí, lector amigo, cómo la naturaleza, sin apelar á la alquimia, se dió trazas de realzar aquel rostro con el oro y las perlas, secreto que si tú y yo poseyésemos, nos había de aprovechar de lo lindo.

Escusado será ya decirte que Alejo miraba aquel rostro, ó con más propiedad, no solo le miraba, sino que le devoraba, le taladraba. Y lo que tú no te habrás figurado, es que los ojos de aquel rostro estaban también fijos en Alejo con un interés nada comun, cosa que al pobrecillo le derretía; porque bien mirado, era aquello capaz de derretir á un cíclope, cuanto más á un estudiante de leyes.

Así es que Alejo suspiraba, y llegó á notar que la niña suspiraba también: de modo que el infeliz se estremecía de gozo, y reunía todas las fuerzas de sus pulmones para suspirar de firme con el objeto de que suspirara también la niña.

Esto de los suspiros, dió lugar á un transeunte para creer que aquel hombre estaba roncando, cosa que le desternilló de risa; pero á Alejo se le importaba todo un comino, con tal que sus suspiros merecieran una respuesta del lindo rostro del balcon.

Y para que todo se sepa, hemos de añadir: que cansado Alejo de suspirar, se decidió formalmente á establecer alguna variedad en la pantomima, y al efecto tomó aire de artista trágico: se puso algo sombrío y se llevó la mano derecha al corazón. Entonces observó que el rostro de la niña se sonreía de júbilo, y aquella

sonrisa estuvo á pique de ser causa de un asesinato, porque Alejo arremetió tan de firme con su corazón, que por poco se le estruja y se le arranca según le manoteó de gozo.

La audacia ayuda á la fortuna; y habiendo salido bien de aquel golpe dramático, tomó una actitud más cómica, y el bribonazo se propasó á enviar un beso tirado á la niña. La vió ruborizarse y sonreírse de nuevo, como dándole las gracias, y esto le puso ébrio. Se hubiera llevado cuatro ó cinco días allí de planton de buena gana enviándole besos, si no hubiera sentido un golpecito en el hombro, y el eco de una voz muy conocida, que le decía alegremente:

—¡Hola! ¡Ya te he cazado! ¡Ah, pillastre! Te encuentro hecho un *tórtolo* (1).

(Se continuará.)

Insertamos con mucho gusto la siguiente poesía debida á la pluma de una joven tan digna como desgraciada, por haber perdido la vista en la flor de su juventud.

OPTIMISMO EN MI ENFERMEDAD DE LA VISTA.

Quise llegar al sol, romper las nubes.
con mi dedo tocar el ancho velo,
y mi acento entonar con los querubines
habitadores del *nombrado* cielo.

Quise robar del foco cual Faetonte
la luz para formar un nuevo día
con que alumbrar al pueblo, valle y monte.
para lanzar el grito de *armonía*.

Y bajar á los antros de la tierra,
y sondear sus fértiles entrañas;
las máquinas romper de inicua guerra,
y familias unir que aún son estrañas.

Y de nuevo subir á las estrellas,
fijar mi mente de entusiasmo henchida,
penetrar y saber quién vive en ellas,
si allí está la salud, si allí la vida.

Si por acaso habrá diversos séres
superiores al hombre, en rostros bellos,
y habrá ancianos y niños y mujeres,
y habrá fraternidad tan solo entre ellos.

Mas ancianos no habrá, que la torpeza
solo en el globo terrenal habita;
la juventud trabaja en la maleza
y el huracán la vuelve flor marchita.

Así yo, á mi pesar, la luz buscando.,

(1) Dicen que la *tórtola* es más candonga que la paloma en asuntos de amor.

encontré oscuridad y tuve enojos:
sola en mi hogar yo vivo suspirando,
pues me faltan las *luces de mis ojos*.

¿Cuándo os volveré á ver, queridas mías?

¿Cuándo los tipos bellos

que espresaban mis locas fantasías,

y yo gozaba en ellos,

mis ojos les verán en gratos días?

Busco la luz, mas la tiniebla acrece,

y mi vista se ofusca:

está el sol en su ocaso, y anochece,

y en otro polo busca

el rosicler del día que amanece.

Sigue su paso en reluciente trono

con gala y donosura,

mientras recito en lastimero tono,

sentimental cántiga en mi tristura.

MARÍA JOSEFA ZAPATA.

UN ANGEL DE LA CARIDAD.

A mi buena amiga G... de Cardona.

(EL AUTOR.)

En una de las calles céntricas de la coronada villa habita una graciosa joven, amiga mía, que con las bellas acciones que ejecuta demuestra la ternura y sensibilidad de que están dotadas las hijas de Eva.

La doncella de que hablo tiene un hermano enfermo. Es un gallardo mancebo, que, aquejado por una dolencia, se vé precisado á guardar cama. Mi amiga se acerca á su lecho, le pone bien la ropa, le da las medicinas, y hace resonar en sus oídos el dulcísimo acento de su voz. Angel de la caridad la apellido yo al advertir el cariño, la amabilidad, la solicitud con que cuida al paciente. ¡Qué placer se experimenta al contemplar el afecto entrañable que reina entre estas dos almas!... Por los labios de la joven vaga una sonrisa que encanta, y su alegre y simpática fisonomía revela la bondad que la distingue.

En el instante que llega el facultativo, nuestro ángel le dirige corteses preguntas, y no se aparta de su lado sino cuando tiene que traer algo. Yo observo con gran júbilo las continuas visitas que hace á la alcoba. ¡Qué agilidad se nota en sus movimientos! ¡Con qué afán asiste

al que está postrado en el lecho!... Jamás se impacienta, ni pronuncia una palabra áspera; ni muestra el menor disgusto, ni se cansa de la honrosa misión que desempeña. En su rostro, siempre risueño, se descubre el interés que por el hermano tiene. ¡Ah! ¡Es que conoce los deberes de su posición; es que comprende perfectamente el envidiable papel que representa!

¡Hay, en efecto, nada más digno de un ser generoso que la realización de nobles impulsos, de santos deseos, de elevadas aspiraciones?... El alma disfruta de los inefables encantos de la verdad, cuando se entrega á las suaves expansiones que una obra laudable produce en nosotros. No hay nadie que no rinda culto á la virtud, hija de la eterna Sion, imagen preciosa que halaga nuestra fantasía, casta princesa cuyos atractivos embelesan. Las buenas acciones de una doncella pia, modesta, candorosa, son alabadas por cuantos se dejan guiar de los benéficos resplandores del bien; sus bellísimos actos preocupan fuertemente la imaginación de otras jóvenes, que se sienten movidas á seguir la misma conducta, á participar de las dulzuras de una tranquila conciencia.

Pero no nos separemos de nuestro asunto. Después de haber examinado al enfermo, el médico se despide. El Ángel de la Caridad contesta á su saludo afectuosamente, y prosigue en la agradable tarea á que está dedicada. Su hermano bendice al Altísimo, por tener la dicha de admirar el celo con que le asiste una virtuosa joven.

Los lazos de la sangre, cadena de oro que liga á las ramas que proceden de un tronco, se han unido en estrecho consorcio con los vínculos de la caridad, anillo misterioso que sujeta dulcemente á todos los individuos que componen la gran familia humana.

El ángel á que me refiero procura mitigar las penas de su caro hermano. La prisión á que se ve reducido se convierte para él en un grato encierro, donde esparce el aroma de sus hermosas acciones un ser que distrae su espíritu. Amable, placentera, bondadosa, mi amiga satisface cumplidamente á cuantos desean enterarse del estado del enfermo. No sale un instante de casa, porque no puede olvidar que en ella sufre una persona querida. Dígaselo que abandone por

breves momentos á los autores de sus días, y responderá que causas poderosas se lo impiden. ¡Ah! ¡No es posible que se aleje de quien padece, del que gusta de su presencia!

(Se concluye.)

ROMAN DOLDAN Y FERNANDEZ.

DOMINIO DE LA VIRTUD.

I.

La tormenta.

Es una noche lluviosa
y un pobre mendigo vá
con un báculo en la mano
huyendo la tempestad.
Azota el agua su rostro
y comienza á granizar;
por lo que el paso acelera
aunque muy lejos está
de la humilde y triste choza
en donde le esperan ya
sus hijos y una mujer,
cual él, de avanzada edad.
Arde una poca de paja
en aquel oscuro hogar,
y á su resplandor opaco
los pobres niños están.
La madre, lejos del fuego,
dá vueltas acá y allá,
y humilde y escasa cena
se entretiene en preparar,
mientras los hijos la miran
ansiendo que llegue ya
la hora en que su anciano padre
regrese de la ciudad.
Entre ellos hay una nieta,
niña de belleza tal,
que son sus ojos luceros
y es linda como sagaz.
Perdió sus padres, y vino
la triste prole á aumentar
de aquellos tristes ancianos,
partiendo el escaso pan.
—¿Tardará abuelo? pregunta
con voz dulce, angelical;
y á la puerta de la choza
intranquila viene y vá.
—¡Estate quieta, Dolores,
que te vas á resfriar!
dice la anciana, y la abriga
con el roto delantal.
—Es que abuelo tarda mucho
y estoy llena de ansiedad,
y me dá un horrible miedo
ese terrible huracán.
¡Jesús! Parece, abuelita,
que el mundo se vá á acabar.

¡Oh!.. ¿no habeis visto un relámpago allí... por la puerta entrar?
¡Tapa, tapa mi cabeza,
que yo no lo mire más!...

¡Qué miedo!... ¡Virgen Santísima!

¡Virgen santa del Pilar!...

¡Madre mía del socorro!...

¡Virgen de la Soledad!...

¡Válgannos todos los santos
de la Corte celestial!...

—Y la niña murmuraba
oraciones sin cesar

y en el seno de su abuela
se estrechaba con afán.

—¡Cierra esa puerta corriendo!

dijo la anciana á un zagal,
que en un rincón recostado,
medio dormitando está.

¡Cierra! ¿no ves un torrente
que á cubrir la choza vá?

¡Ya se ha desbordado el Beiro!

¡Ay Virgen santa del mar!

—¡Ay, abuelita del alma,
que abuelito se vá á ahogar,

y ya no tendremos nadie
que nos busque lumbre y pan!

¡Ois cómo el agua empuja
queriendo á la fuerza entrar.

¡Atráncala bien, Vicente,
que el suelo se vá á inundar!

¡Abuela!... ya no veremos
á nuestro abuelito más....

¡Qué le ofreceré á la Virgen
porque nos le traiga acá!

Yo ofrezco, Virgen María,
todo el cabello cortar

y quedarme tan pelada
como Vicente el zagal.

¿Verdad que hago bien, abuela?

Pues quiero ofrecer aun más:
iré descalza á Moelin

con abuelito, ¿verdad?

Y á aquel señor tan hermoso
de los milagros sin par,

le llevaré mucho aceite
y cera, en gran cantidad.

¡Ay!.. ¡si no tengo dinero!...

Tú, abuela, me lo darás,
vendiendo los pocos trastos

que hay en este triste hogar.

¿Querrás hacerlo, abuelita?

¡Di qué si!.. ¿no tardes ya!...

Mira que Dios, si te niegas,
se vá contigo á enojar.

¡Abuela!... ¿no me respondes?

¡No me escuchas? ¿qué te dá?

¡Venid! ¡venid que se muere!

¡Abuela no puede hablar!...

—Con efecto, aquella anciana
reprimiendo su ansiedad,
casi estaba sin sentido
presa de un dolor mortal.

Los truenos se sucedían,
granizaba sin cesar,
y aun tambien cayeron piedras
aquella noche de afán.

¡Noche oscura como el cuervo,
noche terrible y fatal,
que dejó en Andalucía
mil recuerdos de pesar!

De nada sirvió cerrada
tener la puerta, un volcán
de viento frío y terrible
luchaba con ella audaz.
Cayó al suelo y un torrente
abierta la dejó en par,
representando la escena
del Diluvio universal.

—¡Abuela!... dijo la niña:
Todos nos vamos á ahogar:
hagamos un agujero
por esa pared de allá.

—La abuela abriendo los ojos
vió el peligro, y con afán,
cojió la niña en sus brazos
presa de un horror mortal.

Al mismo tiempo unos gritos
que ahogaba la tempestad

se escucharon de «¡Socorro!..
¡Socorro!... ¿no puedo más!

—¡Madre mía! ¡jese es abuelo!..
¡Se está ahogando! ¡Ven acá!

¡Abuelo!.. ¡estamos aquí!...
la niña empezó á gritar.

Mas como un rayo de breve
lanzóse al agua el zagal,
y luchando y reluchando
se perdió en la oscuridad.

Nada se escuchó despues
sino el aire y el tronar,

y aquella pobre familia
agrupados, sin chistar,

sobre una mesa subidos
se libraban del raudal.

El agua apagó la lumbre,
y en tiniebla y soledad

murmuraban oraciones,
de los truenos á compás.

II.

No hay accion sin recompensa.

—¡Duerme abuelito!—Si, niña.

—¡Dejad que bese su frente!

aun á aquellos más llevados
de los mundanos deleites!

ROGELIA LEON.

MODAS.

Correo de señoritas.

Los tejidos ligeros invaden ya los almace-
nes; sirven para paseo lo mismo que para las
aguas, donde generalmente las elegantes se
visten con todo el lujo imaginable.

Las gasas de Chambery no ceden el sitio á los
tejidos fantasistas que tienen alguna analogía
con esta tela ligera; permanecen como dueñas
absolutas del campo, porque el buen gusto les
dá todavía la preferencia. Hay gasas de Cham-
bery rayadas que son encantadoras. Hé aquí
un traje azul y blanco, adornado de un volante
plegado de tafetan azul de quince centímetros,
y encima siete bieses de dos centímetros. Dos
cuerpos, uno escotado con drapería y blonda,
mangas pequeñas de tela y debajo de tul de
ilusion. El otro cuerpo alto, abrochado por
detrás y abierto por delante con mangas semi-
largas igualmente guarnecidas de bieses. Un
largo cinturón de gasa de Chambery, bordeado
de un ancho bies, con dos cabos cuadrados
adornados de fleco musgoso de veinticinco
centímetros. Este cinturón es para el cuerpo alto.

Hay trajes de tafetan guarnecidos de un vo-
lante sobre el cual se colocan muchos ruches,
mitad de tafetan y mitad de encaje. El cuerpo
sencillo, y las mangas adornadas de ruches.

Otro traje de tafetan violeta ejecutado sin
costura en el talle, con mangas formando tres
pliegues en el bajo de la abertura del adorno.
Se colocan botones en toda la altura entre un
bordado negro de forma castellana.

Para los grandes calores hay echarpes de
tafetán estrechos, pero largos, redondeadas
sus estremidades. En cuanto al adorno varía
según el gusto. Los azabaches, la pasamane-
ría, el encaje, forman las disposiciones relati-
vamente nuevas, porque se modifican sin cesar.

Los camails de cachemira de todos colores
forrados ó sin forrar, tienen siempre el mismo

corte, pero las guarniciones se trasforman
diariamente.

La popelina que se adopta para las rotondas,
las hace servir también para las estaciones me-
dias; se guarnecen con aplicaciones de blonda
ó de guipure. Los colores cuero, pensamiento,
azul, son los preferidos. El adorno sigue los
delanteros y el derredor. Son dignos de men-
cionarse los trajes en alpaca y popelina borda-
dos, sin olvidar los chales que se llevan igual-
mente para viaje. Los hay blancos bordados de
negro, ó negros bordados de blanco.

Admiremos los lindos sombreros de tul de
todos colores, mosqueados de abalorios en blan-
co y en malva. No puede darse nada más deli-
cioso, sobre todo malva, que es el color que se
lleva la palma en cuanto á efecto. Estos som-
breros se adornan de azaleas, flores de la esta-
ción. Como modelo de buen gusto es un som-
brero de tul bordado, adornado de una doble
corona de violetas enlazadas y mezcladas de
blonda blanca, y los interiores guarnecidos con
el mismo cuidado.

Los sombreros para jóvenes, sancionados por
el gran mundo, se presentan bajo la forma de
una campana recordando los sombreros mari-
nos; esta forma alta y cuadrada se muestra,
sin embargo, bajo un nuevo aspecto. Se guar-
necen de flores del campo ó de plumas rizadas
que dán al sombrero suma elegancia.

Hé aquí algunas fantasías que gozan de más
ó menos boga.

Camisas rusas ó Garabaldi, de foulard ó ta-
fetán blanco, encarnado, azul, habana, borda-
das en *soutache* ó á punto ruso. Limosneras,
no de cuero sino de tafetan bordadas de aza-
baches, y retenidas por lazos de cintas y de
encajes; algunas iguales á los vestidos según
se hacen para niños.

Trajes de muselina blanca con rotonda
igual, adornados de bordados en *soutache* de
lana negra. Cintura postillon por detrás, abro-
chada á cada lado del talle, y por delante, de
una forma enteramente nueva, puntiaguda de
arriba, formando abajo una pequeña aldeta,
imitando el chaleco y adornada de cascabeles.
Pelerina pequeña, corta y redonda, con capu-
chon redondo á pliegues hondos, encarnado ó
azul, guarnecido de encaje negro y blondita

blanca. Capulet de cachemira bordeado de un ruche picado; en medio, sobre la cima, muchas vueltas de ruches formando col.

Pañuelos nuevos con dobladillo de color calado, y de la anchura del dedo pequeño; lista lisa de color ó á grecas ó rombos.

Velitos careta, siguiendo la forma del rostro.

Velitos y blondas para sombreros con bordados y franjas de seda amarilla imitando la paja.

Chales de cachemir bordados al pasado en seda blanca, guarnecidos de encajes de lana de todos colores. No se sabe cuánto sobrevivirán estas novedades al capricho que les ha dado luz, pero es mi deber comunicarlas á mis lectoras para que hagan de ellas el uso que mejor les parezca.

Voy á consagrar mis últimas líneas á los trajes de niños.

Para una niña de ocho á diez años aconsejaría un traje de mohair gris rosado; en el borde de la falda tres encañonados de tafetán del mismo color, un dedo de anchos. El cuerpo, de forma suiza, con tirantes, guarnecido de alto á bajo de tres encañonados pequeños; por detrás larga cintura flotante, de cinta gris. El cuerpo blanco de nanzouck enteramente plegado. Sombrero de forma *liqueur* de paja inglesa, color igual al traje, con tres rouleaux de terciopelo azul Luisa al derredor del fondo: en medio anchas cocas de terciopelo y plumas azul Luisa, cayendo sobre el mismo fondo.

Una niña de tres á cuatro años estaría encantadora con un traje de piqué blanco con delantal formado á cada lado por dos bandas de percal, festoneadas de encarnado formando dientes; en medio coles de bandas festoneadas. Cuerpo escotado cuadrado, adornado de bandas y de coles. Sombrero Enrique II, de paja de Italia, con grueso ramo de cerezas, y terciopelo formando penachocereza.

Para un niño de dos á tres años, vesta y falda de nankin adornadas de bordados á punto ruso en lana negra. Sombrero *canotier* de paja marrón con terciopelo marrón y ala de grajo.

A un niño de seis á siete años, vesta y pantalón corto de tela de Vichy, color gris, bordeados de tres galones azules superados de un cor-

doncillo negro. Sombrero marino de paja de Italia con cinta negra.

Otro día ofreceré á mis lectoras artículos de perfumería que podrán ser de grande utilidad.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL PLIEGO DE CROCHET.

Este dibujo puede servir de modelo para ejecutar diferentes trabajos. Siendo de crochet cada cuadrito lleno, representa tres puntos, y cada cuadrito claro un punto y dos cadenitas. Para la red de cuadritos, se colocará al principio un hilo, comenzando por una malla, sobre esta malla se colocará otra, despues continuarán las carreras, aumentando un punto á cada lado hasta que se haya obtenido la longitud suficiente; para formar el sesgo del cuadrito de hilo que se ha querido obtener, puede disminuirse de la misma manera que se ha aumentado.

Se bordará segun lo indica el dibujo, es decir, llenando el fondo unido, y bordando los cuadritos llenos.

Núm. 1. Dibujo para cubierta de almohadon ó cortinillas. Estas se bordarán sencillamente con el fondo de botones de rosas, rodeándolas de un encaje por la parte de abajo.

Si se ha ejecutado esta obra en crochet á cuadritos, para los festones del borde se colocará el trabajo, en línea derecha, hasta las carreras, formando el principio de los festones. Luego se acabará por separado cada diente.

Núm. 2. Cubierta de acerico; se ejecutará á crochet, encordoncillo de Berlin negro, ó en hilo de Escocia, ó bien se bordará el dibujo sobre una red de mallas. De todas maneras, se le pone un trasparente de raso azul, amarillo, ó grosella, armando despues el acerico.

Núm. 3 y 4. Cuadros para hacer cubiertas, de sillas, de camas ó de almohadones; pueden multiplicarse segun los que se necesiten para cada objeto mezclándolos tambien con cuadros de bordado á la inglesa, de modo que formen tablero de damas.

Núm. 5. Entredós de crochet. Este dibujito puede aplicarse á diferentes labores formando lo alto del encaje, sirviendo para sujetar al borde una puntillita ó feston hecho de crochet ordinario.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR,

MADRID: 1865.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretil de los Consejos, 3, principal.